

MÁS LIVIANO QUE EL AIRE

FEDERICO JEANMAIRE

MÁS LIVIANO
QUE EL AIRE



Jeanmaire, Federico
Más liviano que el aire. - 1a ed. - Ciudad
Autónoma de Buenos Aires : Edhasa, 2014.
240 p. ; 22,5x14 cm.

ISBN 978-987-628-335-9

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título
CDD A863

Diseño de tapa: Juan Balaguer y Cristina Cermeño

Primera edición: noviembre de 2014

© Federico Jeanmaire, 2009, 2014
© De la presente edición Edhasa, 2014

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN 978-987-628-335-9

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por EL ATENEO GRUPO IMPRESOR S. A.

Impreso en Argentina

Esta edición de 2500 ejemplares de *Más liviano que el aire*, de Federico Jeanmaire, se terminó de imprimir en EL ATENEO GRUPO IMPRESOR S. A., Comandante Spurr 631, Avellaneda, el 31 de octubre de 2014.

*En el océano del vacío
hay nombres, nombres, nombres.
En el océano de lo perdido,
hay nombres.
¿Quién responde
a este chorro de alma
que los llama? Un oleaje
de nombres, nombres, nombres.
¿Qué los separa de la grande muerte
en brazos ya de lo que fueron?*

Océanos, Juan Gelman

Jueves 29 de noviembre

Siéntese sobre la tapa del inodoro. Si quiere. No vaya a creer que lo estoy obligando. Se me ocurre, nomás, que puede estar más cómodo sentado sobre la tapa del inodoro. Yo también me traje una silla y la puse cerca de la puerta.

Le voy a contar algo.

No refunfuñe. Le va a hacer mal ponerse así y, además, no va a ganar nada. Hasta le puede llegar a subir la presión. Se lo juro. A mí me ha pasado.

Algo. Le voy a contar algo que tengo muchas ganas de contarle.

Por favor. Sea bueno. Cállese de una vez, cálmese, deje de golpear la puerta como un tonto y escuche quietito que no le va a venir nada mal escucharme.

Le conviene, yo sé lo que le digo.

Siempre se aprende de los viejos. Claro que a ustedes, me refiero a los jóvenes, les parece que no, que nada se puede aprender de una vieja tan vieja como yo. Noventa y tres años, tengo. Para noventa y cuatro. Mucho, ¿no?

Da la impresión, no se lo voy a negar, pero la verdad es que se pasa rapidísimo; una casi ni alcanza a darse cuenta de que está viva y ya tiene que morirse. Aunque usted no me crea, está en todo su derecho. Sin embargo, le repito que el tiempo vuela, que pasa volando como dice la gente. Y una ni se entera. A una le parece

que todo ocurrió ayer o un rato antes de ayer. Pero no lo quiero entretener con estas cuestiones: si usted me deja, yo le cuento lo que quiero contarle sobre mi madre y listo, ya está, le prometo que no lo molesto más.

Sí, sobre mi madre.

Así me gusta, que sea un poco más dócil, que entienda, que se deje contar. Usted es joven y aunque sea mentira, estoy segura de que todavía cree que tiene toda la vida por delante. Un montón de tiempo por delante. Y eso es mentira, por supuesto. Una mentira tan grande como el tiempo. Pero usted todavía no lo sabe y, cuando lo sepa, créame que ya va a ser demasiado tarde. Como me pasó a mí. De todos modos, le agradezco que ahora tenga ganas de escuchar. Y de aprender, también.

Ah. Entonces no tiene ganas. Ni de una cosa ni de la otra. Y, bueno, puede ser que no tenga ganas. Aunque, claro, yo le voy a contar igual lo que quiero contarle. Mejor es que lo sepa desde ahora. Usted se me queda bien calladito, yo le cuento y, después, ya me dirá si le interesó lo que le conté o no le interesó un comino. De cualquier manera, la verdad es que estoy un poco sorda, qué se le va hacer, problemas de la edad. Así que.

El asunto es que mi madre se llamaba Delia. Pero le decían Delita. Y aunque no llegué a conocerla, permítame que yo también la llame Delita. Para mí es Delita, siempre será Delita, vio cómo son esas cosas.

¿Tampoco le importa saber cómo se llamaba o cómo le decían a mi madre?

Tendría que importarle, es el asunto del que quiero hablarle y, si usted no registra el nombre de la protagonista, se le va hacer muy difícil seguirme. Además se trata de mi madre, no sea maleducado, tenga un poco más de respeto.

No, no, no. Así no vamos a llegar a ningún lado: usted no me deja que le cuente y entonces todo se alarga. A mí no me importa, le digo la verdad, estoy muy sola. Todo el santo día, sola. Todos los días de toda la vida, sola. Sin embargo, a usted me parece que sí debería importarle. Usted todavía supone, se le nota, que tiene la vida entera por delante, que tiene muchas cosas por hacer, que tiene futuro, un porvenir. Para mí, creo que ya se lo dije antes, discúlpeme si me repito, usted no tiene nada, ninguna de esas cosas. Pero no por usted mismo, no se piense que le tengo ojeriza o que tengo una cuestión personal en contra suya. No. Nada de eso. Se lo digo a usted porque usted es el que ahora mismo está acá, encerrado en el baño, si fuera otro cualquiera el que estuviera en su lugar, también le diría lo mismo.

Se lo juro.

Así me parece mucho mejor. Que se lo tome con paciencia. La paciencia es la madre de todas las virtudes. ¿De qué sirve ponerse ansioso, desesperarse? No sirve de nada. Y eso también se lo juro: yo sé de paciencia y también sé de desesperación.

Está bien, no me voy más por las ramas. Voy al grano.

Al asunto de mi madre, de Delita quiero decir.

Yo no la conocí. Por eso me cuesta tanto llamarla mamá. Me sale Delita. Así la llamaban todos los que me contaron algo sobre ella cuando me puse más grande. Pobrecita, murió muy joven, apenas tenía veintitrés, a principios de mil novecientos dieciséis, en marzo, hace una eternidad. Murió justo dos años después de que yo naciera. Por eso es que le digo que no la conocí.

Es cierto. Reconozco que tiene razón. En realidad, la conocí. Pero la realidad es un problema, no se vaya a creer que se trata de una cuestión tan fácil como usted lo acaba de argumentar. La realidad, vaya asunto. Algo muy complicado. Aunque, si me apura, hasta me animaría a afirmarle que la historia de mi madre tiene mucho que ver con la realidad. Creo. No sé. Se me ocurre. Con lo difícil que resulta hablar de la realidad sin caer en la zoncera.

Está bien. Ya empiezo.

Sin embargo, si se fija bien, el culpable de que todavía no haya podido comenzar a contarle lo que quiero contarle es usted.

Se la pasa interrumpiéndome.

Ve lo que le digo. Otra vez me interrumpe. Parecía que se había tranquilizado y nada. Ahora me sale con esto. Le duró un rato, apenas, la paciencia.

Por supuesto.

Eso está mejor.

Tomarse las cosas con paciencia resulta mucho más inteligente de su parte. Incluso, me gustaría avisarle que aunque hace unos minutos usted me haya asegurado

que no quería escucharme, que no quería aprender, ya está aprendiendo. Al menos ya está aprendiendo la paciencia y, si aprende a ser paciente, todos los demás aprendizajes de la vida le van a resultar más fáciles. Uno se pone más receptivo, más humano. Menos egoísta.

Me lo va a terminar agradeciendo. Y, quizás, hasta yo misma aprenda algo con usted. Sería raro, estoy demasiado vieja como para todavía tener algo que aprender de un muchacho. Pero, quién le dice, en una de esas.

No, no. Así, no. Así la cosa no va ni para adelante ni para atrás. No le va a servir a usted ni me va a servir a mí. Usted pasa de la paciencia a la impaciencia en un par de segundos. Es una persona sumamente inestable, me da la sensación.

Mejor voy a prepararme un té.

Sí, un té.

Y a usted, mientras tanto, creo que le convendría reflexionar.

Estoy acá nomás, a unos pocos pasos, la cocina está pegada al baño, no sé si se fijó cuando entró. Se lo digo porque como entró tan nervioso, tan entusiasmado por el dinero que me iba a robar, capaz que ni siquiera se dio cuenta de que la cocina está acá al lado.

Si quiere aprovechar para desahogarse, hágalo con toda confianza, yo lo escucho igual desde allá. Aunque, la verdad, le repito que estoy un poco sorda. Pero eso sí, le pido encarecidamente que cuando vuelva hasta acá, después de tomarme el té, usted ya haya entendido todo lo que tiene que entender acerca de la extraña

situación en la que, por su culpa, estamos los dos inmersos y, entonces, me deje contarle lo que tengo que contarle sin tantas interrupciones odiosas.

Recapacite.

Por favor.

Y no se ilusione: si grita o si golpea la puerta, por más fuerte que lo haga, nadie más que yo lo va a oír. Se lo aseguro: este es el último piso del edificio y abajo no vive nadie desde hace un montón de años.

Delita quería volar. Soñaba con volar. Y era muy bella. Si usted viera la foto. Después, si quiere, se la muestro. Se la paso por debajo de la puerta. Pero sólo si me promete que no la va a ensuciar o a romper, es la única que tengo. Era preciosa, Delita, eso decían todos los que la conocieron. Y tan joven.

Delita, mi madre.

No, por favor. Yo lo escuché gritar un rato larguísimo, sin molestarlo, desde la mesa de la cocina, y ahora usted, apenas comienzo, me vuelve a interrumpir. Creí que habíamos llegado a un acuerdo.

Está bien. No es que fuera un acuerdo. Pero al menos pensé que me había entendido, que después del desahogo de gritos y de golpes contra la puerta con el que me torturó mientras tomaba el té, me iba a dejar contarle lo que quería contarle sobre mi madre.

Sí, por supuesto.

Usted me escucha, aprende, y listo, ya está.

Bueno. Entonces. Le decía que Delita quería volar. Y que era muy linda, extraordinariamente linda. Y eso no lo digo porque sea su hija. No. Si ni la conocí. Ese era el comentario de todos los que la rodeaban, de todos los que la conocieron. Yo no. Yo tuve mala suerte. Salí bien fea. Igual a mi padre, pobre. Usted sabe, tampoco conocí a mi padre. Me crié con una tía. La tía Alcira. Mi padre murió enseguida después de que

se muriera Delita. Si le digo que era feo, que yo salí a él, también es por los comentarios que me hicieron los demás. Y por una foto que tengo. Si quiere, después se la paso por debajo de la puerta, también. Pero sólo si me promete que no las va a ensuciar ni a romper, a ninguna de las dos.

No. No me estoy yendo por las ramas otra vez. Lo de mi padre tiene que ver. Se murió de vergüenza.

Sí, de vergüenza.

Por lo que le pasó a mi madre.

No se ría, eran otros tiempos, la gente todavía tenía honor y podía sufrir de vergüenza hasta el límite de dejarse morir. Y eso, precisamente, fue lo que le ocurrió a mi padre. Un gran hombre. De una sola pieza. Un caballero de los que ya no quedan. Se dejó morir de vergüenza cuando pasó lo de mi madre.

Está bien. No me crea. Sin embargo, fue así: el hombre se murió de vergüenza. Se encerró en su habitación, se metió en la cama, se tapó hasta las orejas, lloraba todo el día y no quería comer ni hablar con nadie. Ni siquiera quería verme a mí, su única hija, la luz de sus ojos.

Se murió apenas unas semanas después que Delita. Porque vio usted como son las cosas, si bien es cierto que el asunto de mi madre se tapó, que no apareció en los diarios ni se abrió ninguna causa judicial, en Belgrano, el barrio donde vivíamos, toda la gente o, al menos, toda la gente como uno, la gente amiga de la familia, los que nos rodeaban, los de nuestra misma

condición social, sabían perfectamente lo que había ocurrido en Longchamps y no dejaban de hablar del asunto. Por lo bajo, por supuesto. Lo que se dice, chusmeaban. Y a mi padre lo miraban como si miraran a un novillo que acaban de subir al carro que lo va a llevar al matadero. Lo hacían sentir un perfecto desgraciado, lo maltrataban, lo ninguneaban. Y se ve que mi padre no fue lo suficientemente fuerte como para soportarlo. En el fondo, se trataba de un hombre. No sé si me entiende, un hombre como usted, un muchacho, un ser bien débil. No era una mujer, como Delita o como yo, quiero decir.

Discúlpeme, pero no tiene que hacer eso.

Lo de gritar y lo de golpear la puerta como si fuera un orangután.

Yo no me refería a ese tipo de debilidad: cualquiera sabe que un hombre es más fuerte físicamente que una mujer.

No tenía que demostrarme nada.

Sin embargo, lo que termina de hacer demuestra fehacientemente que yo tenía razón: la bestialidad con la que acaba de manifestarse usted no hace más que expresar su completa debilidad frente a mí, que, aunque vieja, en este caso vengo a ser la mujer de la historia. A esa debilidad era a la que me refería. A la del carácter. A la flaqueza absoluta que muestran los varones al tener que enfrentarse con el mundo en general o con una mujer en particular.

Bueno, ya está bien.

Déjeme seguir, por favor, que si no esto se va a hacer interminable.

Así me gusta, se ve que aunque hombre, usted es bastante menos débil de lo que fue mi padre en aquellos días del otoño de mil novecientos dieciséis. Mucho más fuerte, usted.

No le estoy tomando el pelo. ¿Por qué habría de hacerlo? Se lo digo de verdad.

Mejor cállese y déjeme seguir.

Estábamos en que mi padre se murió de vergüenza por lo que había ocurrido con mi madre o por la reacción que había tomado su entorno al respecto de lo que había ocurrido con mi madre, que eso nunca se sabe, me refiero a qué es lo más importante para una persona, si lo que le pasó o lo que dicen o hacen los demás respecto de aquello que le pasó. Pero ¿qué era lo que había pasado con Delita? Ese es el asunto que quiero contarle.

Paciencia. Ya mismo voy ahí.

No, no. Lo que le vengo diciendo hasta ahora no es ninguna pavada. Era necesario. Si no, después, usted no va a entender nada.

Delita quería volar. Pero no es que quería tirarse desde un techo o desde la ventana de un cuarto piso. No como un pájaro, quiero decir. Lo que ella quería era subirse en un avión. Y no subirse como pasajera o como acompañante, no, lo que en verdad quería mi madre era pilotear un aeroplano, así se llamaba a los aviones en aquel tiempo. Usted se imagina: mil

novecientos dieciséis y una joven y bella mujer de la alta sociedad porteña que pretende pilotear un avión.

Era imposible. Perfectamente imposible.

Si la mujer era apenas algo más que un animal doméstico. Un animal antipático pero necesario. Necesario para la reproducción de la especie o el mantenimiento de las fortunas familiares o la satisfacción de los deseos masculinos más bajos. O necesario para alguna otra cosa que ahora mismo se me escapa por completo, muchacho, le pido mil disculpas. Una bella nada, era la mujer por aquellos días. Pero los tiempos estaban cambiando y a mi madre se le puso entre ceja y ceja que tenía que pilotear un avión. Que ella podía hacerlo igual a como lo hacían los varones. Aunque, por supuesto, eso Delita no podía contárselo ni a mi padre ni a nadie. Ni siquiera las otras mujeres, sus amigas o sus tías, lo hubieran aprobado. Era su secreto. Y, con paciencia, ya ve lo importante que es la paciencia en el ser humano, ella supo esperar hasta el momento en que dejó de esperar y pasó a la acción.

Ah, no. No se lo voy a permitir. Justo cuando había arrancado, cuando había tomado cierto envión con la historia, usted me interrumpe. Y encima diciendo esas barbaridades que está diciendo.

No se lo voy a permitir.

Basta de gritarme porquerías.

Por si todavía no se dio cuenta, le informo que fue usted el que me detuvo en la calle, justo cuando estaba sacando del monedero negro la llave para abrir la puerta de entrada al edificio y me dijo, ayudándose

de un cuchillo o de una navaja, que eso no lo sé, algo filoso que me pinchaba en la espalda, que me quedara callada, que no me diera la vuelta, que abriera la puerta como si no pasara nada y que lo trajera caminando muy despacio, en perfecto silencio, sin abrir la boca y sin avisarle a nadie, hasta mi departamento y, después, acá adentro, le diera toda la plata que tenía guardada.

Sí, sí, claro.

Usted puede decir todo lo que quiera decir sobre mí, todo lo que se le ocurra, pero esa es la verdad de lo que pasó.

Ah, bueno, qué quiere. Si después tuve que engañarlo, indicarle que guardaba todo mi dinero en el botiquín del bañito del fondo, el que está pegado a la cocina, en el que usted, ahora mismo, está gritando como un orangután, eso fue, simplemente, porque no quería darle mi dinero.

¿Por qué tendría que haberle dado mi dinero? ¿Sólo porque usted podía matarme con ese cuchillo o esa navaja o lo que fuera que me pinchaba la espalda?

No. De ninguna manera. Yo no tengo la culpa. Si se fija bien, se dará cuenta de que cometió muchos errores. Y una torpeza fundamental: ¿usted se cree que la vida de una persona vale lo mismo a los noventa y tres años, como tengo yo, que a los quince o dieciséis, como tiene usted?

¿Catorce?

Peor, todavía.

Para mí la vida ya no vale nada. Me da casi lo mismo morir hoy de un cuchillazo en la espalda que morir

dentro de un tiempo equis, que de cualquier manera no será mucho, cuánto me puede quedar, de una pulmonía o de un resbalón en la bañera. Me da exactamente lo mismo. Por eso lo engañé. Si me salía mal, me moría hoy, ya estaría muerta. Y si me salía bien, como me salió, apenas usted me daba la espalda para investigar dentro del botiquín, yo le cerraba la puerta del baño con llave, usted se quedaba encerrado ahí adentro y yo tenía, por algún tiempo, alguien a quien contarle la historia de mi madre o contarle cualquier otra cosa, lo que se me ocurriera. Usted me quería robar mi dinero y, al final, fui yo la que le robé su tiempo.

Sí, usted puede decir lo que quiera, pero robarle a un ladrón, como dice el refrán, tiene por lo menos cien años de perdón.

Lo noto muy nervioso. Muy enojado. En estas condiciones, sospecho que va a resultar perfectamente imposible que me escuche con algún entusiasmo. Vamos a hacer una cosa: mientras usted se calma, yo me hago una sopita de cabellos de ángel y después le sigo contando.

Y no, usted no puede comer.

Si le abro la puerta para pasarle un plato de sopa, seguro que se aprovecha de su fuerza masculina y me da ese navajazo que tiene tantas ganas de darme desde que nos conocimos.

No, no le creo.

Agua puede tomar de la canilla: ahueca las dos manos y se sirve todo lo que quiera. Pero comer, no. Ni se le ocurra.

Por eso mismo.

Yo que usted me calma y dejo que la vieja le cuente lo que quiera contarle. Si no, si sigue alargando las cosas, me da la impresión de que va a morirse de hambre ahí adentro: hasta que no termine con el cuento de mi madre, no lo pienso dejar salir.

No. Yo no soy ninguna vieja de mierda. Está equivocadísimo. Apenas si soy una anciana que está sola, que fue asaltada por un delincuente en la calle y que, en tan infelices circunstancias, se defendió como pudo. Y ya mismo me voy a hacer la sopa. Ojalá que este tiempo le sirva, que entienda la situación, que se calme, que se tranquilice, que se deje contar de una buena vez.

Hasta luego.

Ahora el día se puso mucho más lindo. Salió el sol y no quedan casi nubes en el cielo.

No se ponga así. Si se lo digo es porque usted, ahí adentro, no tiene ninguna ventana, pobre, no tiene manera de saber lo que pasa acá afuera. Y enseguida le voy a avisar algo más. Ya mismo empezaré a contarle lo de Delita. Pero, si usted me interrumpe con sus porquerías acostumbradas, yo voy a continuar igual. No voy a parar a cada rato porque a usted se le antoje decirme alguna grosería.

Ya está, ya se lo avisé. El que se perderá partes del cuento será usted. Yo me lo sé de memoria. Me he pasado toda la vida pensando y repensando lo que ocurrió en Longchamps, aquella madrugada. Y, además, le advierto que voy a ir, directamente, al día preciso en que ocurrieron los hechos que ocurrieron, usted me ha demostrado que no tiene ninguna paciencia, que no sabe apreciar ninguno de los infinitos recovecos anteriores de la historia.

Me gusta ese silencio, me parece que empezamos a entendernos.

Si me hace un comentario o una pregunta atinada, yo no voy a tener inconvenientes en parar de contar y, de inmediato, responderle sus dudas. Pero, si se trata de barbaridades o de zonceras, no. Que le quede bien clarito.

Liviano es el aire, le dijo aquel hombre a Delita mientras abría cortésmente la puerta trasera izquierda